

pedagógica; pero el padre, que como ya sabemos, no quería perder ripio en lo de observar directamente el desenvolvimiento progresivo de sus retoños, se impuso, por primera vez en su vida. Teresita Alcaraz agradece profundamente al autor de sus días esta resolución: á ella debe, en primer lugar, el conocimiento más ó menos intenso que posee de la naturaleza masculina, y en segundo la ventaja positiva de haber conservado la inocencia más absoluta hasta muy avanzada edad: no hay como tratar libremente con el sexo contrario para no aprender picardías: á los diez y seis años, y me he casado á los diez y nueve, creía yo, y tú también, me acuerdo, que los niños vienen de París. ¡Y eso después de aprobar con Sobresaliente la asignatura de Historia Natural en el quinto año del bachillerato! Porque esta es la segunda etapa de la historia de nuestra interesante heroína: á los diez años, no quedándole ya en primera enseñanza nada que aprender, pasó á la segunda, con asistencia efectiva al Instituto. ¿Describiremos sus emociones ante el encanto laberíntico de la ordenación en la lengua latina, sus triunfos en cátedra traduciendo á Horacio por

boca de Raimundo Miguel, su éxtasis fervoroso ante el enigma de una vieja gramática toda en latín forrada en pergamino y amparada del nombre, que á ella se le antojaba cabalístico, de Nebrija. No, no; estos son movimientos del ánimo que andan ya impresos en más sabios textos: baste apuntar que Teresita en esta edad escolar fué feliz, muy feliz. Única hembra entre tantos varones, con sitio aparte junto á la nesa del profesor; aprendiendo de prisa todo lo que entendía, fantaseando más de prisa aun sobre lo mucho que no entendiera y conservando en la memoria con facilidad y fidelidad conocimientos y fantasías, leyendo como ratón de biblioteca y jugando al toro con no menor encarnizamiento, fué muy feliz, repito, muy feliz, muy feliz... tanto que muchas veces, dejando á un lado juegos y libros, solía recogerse á la sombra propicia de un árbol ó de un arco de puente para llorar de gozo. . sin saber por qué.

La sombra de un árbol ó el arco de un puente: he aquí otro privilegio que agradece al destino Teresita, tan fervorosamente como la coeducación: haber nacido en capital de provincia, con murallas, con río y con huertos á la orilla

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO NEYES"

Edo. 1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN

del ídem; haber vivido en un caserón con huerto grande, con vistas al campo; ser hija de madre devota que, rezando, rezando, la olvidó muchas horas bajo las naves de la catedral; haber logrado en la tal catedral y merced á la coeducación anteriormente apuntada, amistad íntima con el hijo del campanero, y, por lo tanto, saber de los misterios de la torre, de su escalera de caracol, del resonar profundo de la campana gorda que, oído allá en lo alto, parece deshacer el cuerpo y el alma en un torrente de sonido vivo. ¡Ay de mí Carlota, quien de niño no ha subido á una torre, y no ha visto la tierra desde arriba, y no ha sido uno con la sonora vibración del bronce, al tañir por su propia mano la campana, ignora esa inefable emoción que las gentes adultas llaman «salir del mundo» y los filósofos «estar más acá, ó más allá, ó más arriba, ó más abajo de la vida». Esa emoción inefable, digo, que si no se gozó en años de inocencia, hay que alcanzar á fuerza de dolor en horas de purificación amarga, resignación ó penitencia, después de haber vivido mucho y pecado no poco, según dicen autobiografías y confesiones de sutiles espíritus. Sí, Carlótica mía, á

medida que leo filosofías hondas voy encontrando en ellas, como en un espejo turbio, todos mis arrobamientos de infancia; y te juro que siempre que, en una ciudad nueva, veo las torres de una catedral, se me llenan los ojos de agradecidas lágrimas: figúrate que en Santa Gúdula, en Bruselas, besé á hurtadillas los hierros de una reja, porque se retorcían precisamente como los de la Capilla del Sagrario, en nuestra Catedral, y recordé el ardor con que á los trece años soñé á su sombra con renunciar de una vez para siempre á las pompas del mundo y profesar de monja carmelita...!

Carlota, Carlota; ¿has pensado siquiera una vez qué hermosamente heroica sería la vida si tuviéramos el valor de vivirla de acuerdo con todos nuestros sueños de infancia? Chicuelas y rapaces románticos, en plena independencia de espíritu, sin ligaduras de amor ni de dolor, sin prejuicios de leyes ni temor de sanciones, soñando al aire libre, sobre el campo de todos, bajo el cielo de Dios. De Dios, Carlota, y nuestro, porque el alma niña ve á la divinidad tan cara á cara, que casi participa de su soberanía, y va diciendo «mío» á cuanto ven sus ojos ó adivina su mente. Chicuelas y ra-

paces, medio eruditos, como nosotros y nosotras éramos ¿te acuerdas tú? sabiendo á los diez años el nombre de todas las estrellas, y creyendo, á pesar de la ciencia, á pies juntillas, que una desconocida, recién creada, blanca como un diamante, fué guiando á los Magos camino del portal de Belén. ¡Ay, aquellas serenas noches de agosto, cuando mi padre, cogiendo el fementido catalajo, se iba á campo traviesa con docenas de ilusionados críos, á enseñarles el «mapa del cielo»! ¿Qué poeta adulto podrá alabarse de haber oído mejor que nosotros la música estelar, la melodía astral, la divina armonía de los mundos? ¿Ni qué moderno fantaseador habrá poblado mundos con seres más perfectos que aquellos que nuestra fantasía desdeñadora de imposibles hacía vivir á la centelleante luz de Sirio ó entre el misterio de los anillos de Saturno? Si tengo hijos, Carlota, sabrán leer, como yo supe, mucho antes de aprender á pensar, y leerán de todo, cuentos absurdos y verdades hondas, libros de ciencia y libros de amor, mitología griega y catecismo, el Quijote y los salmos de David, y la historia de Diego Corrientes. Así podrán poblar los sueños

de sus noches y las divagaciones de sus días con figuras nobles y palabras bellas, y discurrirán bajo los nogales del huerto, mano á mano y en toda intimidad de exaltación, con Teresa y Rodrigo de Cepeda, y harán como ellos ermitas de barro para sagrario de la adoración y el ensueño; ermitas que, si el sol acierta á ser de trópico en las horas de siesta, cuando todo duerme en el caserón menos la fantasía de los rapaces, se trocarán en rancho del lejano Oeste para refugio de nobles caudillos pieles rojas... Y no habrá miedo de que el mucho leer y el desatinado soñar turben ó perviertan la moral de mis hijos, porque ellos serán sanos de cuerpo y curiosos de espíritu como lo es su madre, y no hay filtro que así purifique toda literatura como la mente de un chiquillo robusto, animado de ansia de saber. Ahora recuerdo libros leídos en la infancia, y veo que hay en ellos hasta páginas de esas que las madres prudentes procuran ocultar á sus hijas, y bendigo la admirable imprudencia de la mía que me supo conservar inocente á fuerza de visiones de hermosura. Dicen que el hombre nace bueno; dicen que el hombre nace malo. yo sé que el niño viene

al mundo con los ojos del cuerpo y del alma abiertos al deseo de saber y sentir rectamente, con facultad de comprenderlo todo y de creerlo todo, fundiendo fe y saber en la inefable alquimia de lo maravilloso, y sé que para hacer feliz á un niño no hay más que darle pasto de aire libre, de pan, miel, leche y fruta para el cuerpo, y de ciencia y creencia y ensueño para el alma. Sí, Carlota, la vida sería gozosa, y plena, y digna, si nos lanzáramos á vivir de acuerdo con el arranque de alas que movieron en nuestras almas niñas todas aquellas impresiones radiantes. Pero... las personas mayores, tal vez por culpa de pedagogías absurdas, han perdido de tal modo la facultad de «volar», que el niño, frente á ellas, se da cuenta instintiva de que no ha de ser comprendido, y teme el ridículo, y, como ama sus sueños, los esconde... ¿No recuerdas tú de alguna noche de invierno en que, acurrucada junto á la lumbre, estabas con los ojos muy abiertos, callada, inmóvil, soñando alguna hazaña portentosa—¡conquistar una América ó salvar un alma!—y alguien, una «persona mayor» naturalmente, dijo con toda incomprensión: «Acostad á esa niña, que está muerta

de sueño». ¿No recuerdas, digo, como te dolió muy adentro una cosa muy grande? ¡Ay! un chiquillo mío, para entenderle siempre, para contarle cuentos y verdades, para enseñarle versos y geometrías, para dormirle con la señal de la cruz en la frente y despertarle con el gozo del juguete que esta noche le han traído las hadas. ¡Un chiquillo mío, sí, un chiquillo mío, para que sea el hombre que yo hubiera querido ser en mis sueños de muñeca exaltada!

LONDRES, 6 DE SEPTIEMBRE

Por esta vez, tienes razón, querida. «Es imposible, dices, que lleguemos al fin de la historia si nos vamos parando bajo todos los árboles del camino». Razón que te sobra. Mas ¡ay! que tu argumento, espada de dos filos, ha abierto dos heridas: una en mi vanidad de narradora: ¿es posible que mis divagaciones sean tan tediosas, que ni aun mi mejor amiga logre saborear en ellas la miel Thoreauniana del «extra-vagare»? Otra en mi susceptibilidad sentimental: ¿no llega tu afecto hacia mí hasta el heroico: «¡qué me importa lo largo del camino yendo en tu compañía!» Dolida,

pues, por partida doble, y arrepentida con toda la eficacia que cabe en humano arrepentimiento, prometo desde hoy llevar la historia de mis amores á todo vapor... Con lo cual—dirás—va gastada ya más de una carilla en floreos. ¡Qué le hemos de hacer! Mientras no se invente cosa más racional que la abundancia de buenas palabras para prometer abundancia de buenas obras... ¡No te enfurezcas, ya me calló!

Quedábamos en el Instituto. Hay, en el claustro entrando á mano izquierda, un rosal trepador... ¡Nada de vegetales! te oigo gritar. ¡Perdón, otra vez! Aun cuando bien pudiera discutirse si aquel rosal del claustro del Instituto de X... es accesorio vegetal ó arquitectónico, ya que tan armoniosamente entrelazado y prendido va á la ogiva, tan melodiosamente combinado el verdor de sus hojas y el amarillo intenso de sus flores con el gris ambarino de la piedra..... Sí, juraría yo que el matemático soñador que levantó este claustro no le pudo soñar sin el rosal de rosas amarillas, en el rincón, entrando, á mano izquierda...

Resúmen: seis años á la sombra del verde rosal; seis primaveras con seis florecimientos de rosas amarillas; seis octu-

bres con la renovada voluptuosidad de cortar las páginas al libro de texto recién salido de la imprenta; seis junios con la invariable mies de sobresalientes, premios y matrículas de honor; la sabiduría del mundo pasando ante mis ojos maravillados: latín, historia de la patria, historia del mundo, historia de la historia, matemáticas por las nubes, psicología en píldoras, poética en formulas; tardes de lluvia, en clase, y mañanas de sol; profesores rubios, morenos, castaños, jóvenes, viejos y de media edad; la chiquilla que se hace mujer y bachiller en artes sin perturbación física ni psíquica de ninguna especie; que llora un poco cuando su madre le alarga las faldas, advirtiéndole que de allí en adelante no podrá salir sola á la calle, y que se consuela casi inmediatamente al pensar que con siete hermanos varones es bastante difícil que le llegue á faltar compañía—porque es de advertir que nunca ha tenido por tal á persona de su mismo sexo.—Supongo que no te ofenderá esta afirmación, única amiga mía, puesto que sabes bien que te he amado con tal exceso que nunca he logrado hacer en nuestra relación afectiva la distinción arbitraria entre el tu y el yo,

y por lo tanto, mal puedes nunca haberme acompañado, puesto que formas parte de mí misma.

Llegan los floridos diez y seis septiembres—yo cumplo años en el jugoso mes de las vendimias.—Mi padre me sugiere la idea de estudiar Filosofía y Letras: yo, pensando que para filosofar por cuenta propia no hacen falta títulos universitarios, y, arrastrada por mi insaciable anhelo de certidumbres, declaro que prefiero ser doctora en Ciencias. Azul por azul, mi padre se resigna al cambio de matiz en la borla, y entro en la Universidad, sin sospechar siquiera merced á un mal presentimiento —¡qué traiciones de silencio nos suele hacer el corazón, Carlota!—sin sospechar, digo, que el mónstruo, el Minotauro, el ¡¡¡Amor!!! en una palabra, así con mayúscula y admiraciones triples, me estaba esperando en el aula.....

Pero no adelantemos los acontecimientos: así como así, faltan casi tres años para el estallido—un poeta diría para el florecimiento pleno, mi marido para la completa cristalización—del sentimiento irremediable.

Aquel octubre—aun vivías tú en X..., Carlota, y recuerdo que asististe con-

migo al solemne acto—el discurso de apertura en la Universidad estuvo á cargo del doctor don Raimundo de la Gala, catedrático de Cristalografía. ¿Te acuerdas? El tal discurso dió bastante que hablar y aun algo que reir: disertó el profesor sobre la absoluta inutilidad de la sabiduría. Filosofía, ciencia, vino á decir, en resumidas cuentas, os han de ser perfectamente inútiles para el logro del único fin racional de la vida, que es conocer la verdad y vivir de acuerdo con ella. No creáis á los que os afirmen que, habiéndose hecho el conocimiento experimental, no puede menos de conducir á la certeza. Tan falaz es un hecho como un sueño, tan deleznable una ley física como un artículo de código: aprended escepticismo en nuestra misma lengua, que llama «probable» á lo que precisamente no se puede probar, y que dice «creo» para afirmar «dudo». Os quemaréis las cejas sobre los libros, perderéis el pelo, ya que no la paciencia, en los laboratorios, y moriréis tan lejos de la verdad como el mismo día en que nacisteis; acaso más, porque en el momento de nacer, antes de estar deslumbrado por el espejismo de las diferenciaciones, tal vez tiene el

hombre una especie de consciencia física, un lazo material que le une—y unión es el más próximo equivalente de conocimiento—á lo universal incognoscible... No os amohinéis, sin embargo, estudiantes amigos, ni toméis en vuestro fuero interno la infausta resolución de abandonar las universidades: yo, estudiante incorregible, os invito á estudiar sin descanso; yo, desilusionado del fin, quisiera contagiáros la indesarraigable ilusión del medio. Venid, seguid viniendo, venid más que nunca en busca del libro y del laboratorio; escudriñad, inquirid, investigad; no os déis punto de reposo, no os consintáis minuto de inactividad cerebral; discutid las antiguas teorías, y formulad las nuevas; desentrañad la tierra, revolved los sepulcros, sacad al aire fósiles y momias, mostrad á plena luz el alma antigua, la que ha dormido siglos en cuneiformes ó gloglíficas escrituras, acercaos los astros, y desenmarañad la madeja de sus espectros luminosos; gustad intensamente la intensísima voluptuosidad de morder la manzana del árbol de la ciencia. ¿Para qué? Para nada. ¿Por qué? Por eso; porque es una voluptuosidad intensa, la única inagotable ¡la

única, oidlo bien! Porque de todas las mentiras vitales es la más gustosa y perfecta, puesto que es la que más acabadamente contrahace el sabor divino de la verdad; porque es también la sola que os conservará el cuerpo en longevidad saludable: mujer, vino, manjares, aromas: voluptuosidades caducas por monótonas: la voluptuosidad del saber es multiforme, maga, serpentina, diabólica y celeste—ya veis como el mito mosaico la hizo una con el espíritu mismo del mal—en resumen, es la sola capaz de hacernos pasar absolutamente «distráidos» sobre las espinas indudables de este valle de lágrimas. Cuarenta y cinco años tengo, y tan cogida me tiene la muy ¡sirenal que aun no he hallado tiempo de ponerme á pensar si soy feliz ó desgraciado; con lo cual dicho queda que soy feliz, puesto que la única infelicidad está en la consciencia de la desdicha; y ya que, sin remedio, hemos de fracasar en el intento de lograr el que antes he llamado «fin racional» de la vida, logremos siquiera el «fin práctico»; ya que no alcancemos el conocimiento, procuremos la bienaventuranza. Os juro que la ciencia es su único camino: caminantes somos, de tan raro jaez, que

no sabemos ni de donde venimos ni á donde vamos: tal vez esto del caminar sea una de tantas ilusiones de óptica; sí, tal vez somos «inamovibles» y lo que va pasando ante nosotros es esa misma vida que hemos dado en creer inmutable. Poco importa: sea ella ó seamos nosotros quien anda, el movimiento parece que existe: hagámosle suave, ligero, distraído, feliz, en resúmen. Ya sabéis el medio. de acuerdo con las últimas exigencias científicas, esta mi teoría está cimentada en fundamento experimental: la felicidad que os predico es la mía, y la que á todos os deseo. ¡He dicho!»

¿Recuerdas el escándalo que suscitó la doctoral perorata? Mi padre, psicólogo de buena fe, se indignó, afirmando que el profesor de Cristalografía era un sofista, por no decir un farsante; sus alumnos le hicieron una ovación; los de otras facultades le silbaron desafortadamente; el respetable claustro de profesores tomó el prudente y amable partido de sonreír. El orador también sonreía: aun me parece que le estoy viendo, en la tribuna, en pie, alto, delgado, con la cara afeitada, que le hacía parecer mucho más joven, y los lentes de oro, que le daban aire de un poco más viejo: en

suma, con su aspecto de hombre maduro, limpio, saludable y zumbón. Sonreía, digo, reposada y agudamente, y había en aquella sonrisa como una consciencia de dominio evidente sobre los hombres y las cosas. Sonreía y cabeceaba, mientras duró el tumulto en el auditorio; bebió luego, saboreándola voluptuosamente, digamos científicamente, el agua con azucarillo de uno de los vasos que le habían dispuesto sobre la mesa... y volvió á sonreír.

He dicho que el corazón no me avisó, Carlota, y, pensándolo bien, me retracto: me avisó, más de tan extraña manera que no me fué posible entenderle. Yo era una convencida creyente de la ciencia... y de la fe; yo les daba al saber y al soñar una finalidad absoluta y transcendente; yo acababa de matricularme en primero de Ciencias, resuelta á apoderarse de la verdad á fuerza de sobresalientes ¡y aquel hombre fatal se había atrevido á apedrear mis dioses, á profanar mis templos, á derribar mis aras, á desprestigiar por adelantado todos mis sacrificios! ¡No, y cien veces no! El corazón—tan despreocupado le tenía yo entonces que se lanzaba á defender la Química como un sueño de amor—se